

Fantasías y fantasmas

Fantasmas, hijos favoritos de la fantasía

José H. Polo

Un perfecto glosario, no carente de análisis, con el que el autor nos hace acceder al conocimiento del mundo fantástico y de las clases de fantasmas que habitan la literatura.

“ Desembarcar en el mundo de la fantasía nos lleva a los fantasmas. No solo a los fantasmas en el acervo de las invenciones y los miedos del pueblo (...) Sino, sobre todo, en su tozuda continuidad en la literatura. ”

La fantasía, la posibilidad de expresar lo que la imaginación crea, el arte de convertir en creíble lo sobrenatural, de enmascarar y envolver lo que podría ser burda patraña en poesía, en ilusión, es sin duda una magnífica facultad humana. Parece demostrado que algunos animales son capaces de soñar, pero ninguno ha podido contarnos lo soñado. En cambio,

en el hombre, una de las fuentes de la fantasía, además de la fuerza de la imaginación creadora, es el sueño, con sus ingredientes de inspiración subconsciente y de espontaneidad. Fantasía que no ha de confundirse con lo maravilloso, en lo cual hay siempre predominio de lo sorprendente y de lo ocurrido en un mundo imaginario que no suele afectar al nuestro, al real; y tampoco, de modo necesario, con lo terrorífico, que puede darse o no darse en lo fantástico. Sin olvidar que, a menudo, lo real es lo más terrible y pavoroso. Claro que no falta alguna interpretación personal, más bien descabellada y ramplona, como la de aquel capitán de la compañía donde yo hice parte de la cómoda mili universitaria de años atrás; decía que uno de los rasgos del buen militar había de ser lo que él llamaba fantasía: buena presencia,

caminar erguido y con arrogancia, dar taconazos fuertes, responder con voz alta y clara...

Desembarcar en el mundo de la fantasía nos lleva a los fantasmas. No solo a los fantasmas en el acervo de las invenciones y los miedos del pueblo, como tradición oral antiquísima; en ese amplio espacio donde se mueven a su antojo viejos seres creados para asustar a los niños: el coco, el camuñas. Sino, sobre todo, en su tozuda continuidad en la literatura. Al fin, es en ésta donde siempre convergen y se acumulan los contenidos del cerebro humano. El fantasma, el aparecido, el trasgo, la estantigua. Seres que, como Bioy Casares dice, “pueblan todas las literaturas”. Están en el *Zendavesta*, en la *Biblia*, en Homero, en *Las mil y una noches*. No digamos en las mitologías, cuyos dioses y héroes aparecen y se



desvanecen conforme lo exigen sus andanzas, tantas veces disparatadas. Nunca han dejado de merodear, hasta el auge alcanzado en el siglo XIX con el romanticismo y con la llamada novela gótica, sobre todo en lengua inglesa.

“ Esto es lo fundamental: si el fantasma estuviera siempre ahí, haciéndonos compañía, acabaría siendo un habitante cotidiano más. No los distinguiríamos, al menos hasta que sus actitudes y modos de comportarse los descubrieran. ”

Repasemos algunas definiciones que del fantasma se han dado. Por lo pronto, María Moliner nos dice que se trata de “un ser no real que alguien cree ver, soñando o despierto”. Explícita es también la definición de James Joyce, en su *Ulises*, para quien un fantasma es “un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia o por cambio de costumbres”. Hablen o no y hasta si hacen declaraciones tan innecesarias y enfáticas como la madre de Stephen en la novela citada: “Yo fui la hermosa May Goulding. Estoy muerta”. Obviedad evidente. Para el Diccionario de Oxford, el vocablo *ghost*, el más afín, significa “el alma de una persona fallecida que se aparece a los otros”. Lo ortodoxo por consiguiente es que los fantasmas sean siempre o hayan sido seres humanos. Sin embargo, también han sido consideradas fantasmales determinadas cosas, aunque acaso no fantasmas en propiedad. Un arqueólogo inglés del siglo XVII, John Aubrey, en su obra *Misceláneas*, narra el caso de un individuo que, estando en cama, vio una canasta con fruta que flotaba en el aire. Y

concluye, incontestable: “era un fantasma”. Los ejemplos abundan, desde los buques de Marryat, de Hope Hogdson o de Salgari a ciudades incluso. ¿Qué es la Comala del Pedro Páramo descrita por Rulfo sino una ciudad fantasma?

Para más resumir la cuestión, es bueno centrarse en el fantasma humano, a cuya esencialidad van unidas nociones como aparecer, desaparecer, desvanecerse, materializarse... Esto es lo fundamental: si el fantasma estuviera siempre ahí, haciéndonos compañía, acabaría siendo un habitante cotidiano más. No los distinguiríamos, al menos hasta que sus actitudes y modos de comportarse los descubrieran. En este sentido esclarecedor, no me resisto a recoger dos brevísimos cuentos. Del primero es autor George Loring Frost, escritor inglés del pasado siglo. Dos desconocidos coinciden en una galería de arte, grande, fría, solitaria. Cruzan unas palabras: “--Este lugar es siniestro. ¿Usted cree en fantasmas? —Yo no, respondió el otro. ¿Y usted? —Yo sí, dijo el primero y desapareció”. En el segundo, de otro inglés, I. A. Ireland, una muchacha y un hombre se encuentran en un salón: Alguien cierra inadvertidamente la puerta, imposible de abrir desde dentro. El hombre se queja de que a los dos los han dejado encerrados. “—A los dos, no. A uno solo, dijo la muchacha. Pasó a través de la puerta y desapareció.” Así debe ser. Los fantasmas, por su propia naturaleza, no pueden encontrar obstáculo en las puertas cerradas, las traspasan y basta. Por eso, cuando en sinnúmero de relatos, un fantasma o una presencia llama dando golpes en la puerta es porque quiere asustar con el aviso o simplemente lo hace como un detalle de cortesía.

En cuanto a sus clases, para muchos de los autores, el fantasma ha de cumplir la condición de ser, como dice el inglés M. R. James, destacado en el género, “malévolo

u odioso”. Pero los hay también no solo inofensivos sino benévolos, ayudadores. Aunque, normalmente, causen miedo; pero, tiene razón Virginia Wolf al comentar: “es placentero sentir miedo cuando somos conscientes de no correr ninguna clase de peligro”. Aquellos fantasmas que dan horror de los escritores más conspicuos de la novela gótica del XIX, como Walpole, Lewis u Oliphant, o de especialistas como Hodgson o de precursores de los góticos o no pertenecientes a este subgénero, como Kipling o Walter Scott, no son los únicos. Abundan por el contrario los fantasmas buenos, digámoslo así. En la imposibilidad y la evidente y pedantesca pretensión de hacer listas exhaustivas, sí hay que referirse a unos cuantos fundamentales,

Es menester, casi tópico, comenzar por el gran Charles Dickens y su magistral *Canción de Navidad*, profusa en fantasmas, nada menos que cuatro. De ellos, el eje del relato es Marley, clave con su aparición de que su socio Scrooge, avaro insoportable y despiadado, acabe en apacible, alegre y generoso abuelete. Con los ayudadores por excelencia, los espectros de las tres Navidades, anterior, actual y futura. Ya había que ser eficaces para conseguir que el corazón de Scrooge riera y, según su creador, eso le bastara. A saber si hubiera seguido riendo de haberse enterado de que Scrooge iba a ser el nombre original del Tío Gilito, el ruin tío del pato Donald. Otro tipo esencial es el de los fantasmas acongojados, de personas que mueren y, por algún motivo, no pueden descansar en paz y tratan de obtener ayuda de los vivos. El modelo es, sin duda, *El fantasma de Canterville*, con la tierna figura de la joven Virginia, relato delicioso de Oscar Wilde. Y entre los que sufren, ocupa también lugar preferente el de El bosque animado de Fernández Flórez, el alma en pena de Fiz Cotovelo, conmovedor y

errático andarín de la exuberante y misteriosa fraga gallega de Cecebre.

Consideremos también a los fantasmas que bien podríamos clasificar entre los vigilantes. Tales son los de La casa de los siete tejados, de Nathaniel Hawthorne, en uno de cuyos salones, donde pendía un gran retrato del antañón juez Pyncheon, se reunían los espectros de varias generaciones, para comprobar que el cuadro continuaba en el mismo testero preferente. El primero en llegar era el propio juez. Y Hawthorne se pregunta; “Y, ¿vale la pena abandonar la tumba para eso?” Se permite el escritor ironizar al describir una de esas reuniones familiares de difuntos y la inquisitiva mirada del patriarca: “¡Una cosa sin sustancia indagando su propia imagen pintada!” La dulce Alicia, ya muerta también e incorporada al grupo, es otro fantasma nuevo que, tras asistir a las peripecias del relato, roza “en despedida como un espíritu alegre su clavicordio”. Y, naturalmente, se desvanece.

Como ejemplo de las presencias, fantasmas que no llegan a materializarse pero están ahí, hallamos La vuelta de tuerca, la inquietante obra maestra de Henry James, que crea uno de aquellos fantasmas malévolos, de tenebrosas intenciones, tan distintos a los anteriores. Henry James tiene varios cuentos del género, uno de ellos, muy curioso y único, El alquiler del fantasma, donde no hay fantasma alguno y todo tiene una explicación racional. Estos mundos etéreos, evanescentes, enigmáticos, secretos, como ha de ser el medio habitado por seres más o menos espectrales, tenía que resultarle grato a la ambigüedad característica de James. Por otra parte, fantasmas fingidos, inexistentes, abundan también, sobre todo en historias humorísticas como la de aquel mozo que se disfrazaba para ir por las noches a casa de su amada, ahuyentando así a los curiosos y maldicientes del

pueblo y poniendo en fuga, por el susto, al pusilánime fantasma de verdad, obra del ya citado Fernández Flórez, También grandes novelones han explotado el truco, recordemos al traído y llevado fantasma de la Ópera.

No olvidemos otros fantasmas, los añorantes, aquellos ideados por Bécquer, los románticos y sugerentes de Maese Pérez el organista o El monte de las Ánimas. O los puestos en escena por sus autores en servicio de la congruencia y buen resultado de sus creaciones dramáticas. Dos ejemplos de ánimo justiciero y vengativo: el espectro del padre de Hamlet, en la tragedia shakesperiana, y el comendador, cuya intención es llevar al infierno al desabrochado don Juan Tenorio de Tirso y de Zorrilla.

Ahí quedan éstos y muchos más, de una y otra índole, todos — menos mal— de ficción, para deleite de cuantos somos aficionados a trabar amistad con ellos por la lectura.